



GARIBOLDI

EL

POSITIVISMO

FILOSOFICO

B831

G3

R. C.



1020024749



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

7a
3

El positivismo filosófico
y su influencia en el estado actual de la
sociedad humana.

5
IGNACIO GAMBOA.

EL POSITIVISMO FILOSÓFICO

Y SU INFLUENCIA

EN EL

ESTADO ACTUAL DE LA SOCIEDAD HUMANA

CON UN PRÓLOGO

DEL

Prof. D. Gabino de J. Vázquez.

HOCTÚN-YUCATÁN.



098993

MÉRIDA DE YUCATÁN.

IMPRENTA "LORET DE MOLA."

Calle 60, Número 506.

1,899.

37062

146
E.

B831
93



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

ES PROPIEDAD.

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

7

Al Sr. Dr. D.

Rafael Villamil.

A vos, mi querido Maestro, que sois una de las glorias de la ciencia médica en Yucatán; á vos, que habéis sacrificado lo más hermoso de vuestra vida en el estudio y propagación de la Homeopatía en este nuestro clásico suelo; á vos, únicamente dedico este pequeño trabajo, que envuelve en sí lo más íntimo de mis convicciones, y os ruego aceptéis esta dedicatoria como una prueba de admiración y respeto de vuestro sincero y cariñoso amigo.

Ignacio Gamboa.



PROLOGO.

POCAS palabras nos bastan para enterar al lector acerca de los propósitos de éste libro, que tal vez sea el primero en su género que entre nosotros se publica. Dificil empeño ha sido éste para nosotros una vez contraído el compromiso con el autor, cuando él, antes de que comenzara á escribir su obra nos invitó á que escribiéramos éste prólogo, ó cosa así, sin figurárenos que tan feliz idea cuajara algún día. Mas qué sorpresa no fué la nuestra cuando al cabo de algún tiempo nuestro fino y caballeroso amigo DON IGNACIO GAMBOA nos presentó los originales de su nuevo libro, el que hoy con gusto presentamos al público y disertar acerca de él, aunque no tan largo y tendido como quisiéramos, por falta de preparación y tiempo.

Si la sinceridad es una de las cualidades que distinguen al hombre honrado, y, más que todo,

al escritor, por nuestra parte confesamos ingenuamente que no sólo no poseemos la debida preparación acerca de la delicada labor que hoy abordamos, sino que, casi ó sin casi podemos asegurar que somos profanos en la materia de que este libro trata. Esto en puridad, obedece entre otras, á dos principales razones: la primera es, ante todo y sobre todo, nuestra propia y natural insuficiencia, y, la segunda, la falta de centros adecuados en donde los hombres de buena voluntad pueden ir á satisfacer la tendencia natural de su espíritu, á saber: la adquisición de la CIENCIA.

Si exceptuamos la gran República de los Estados Unidos de Norte América, la de Chile, y no sé si alguna otra, aunque en esfera más humilde, sólo en las capitales europeas encontramos los verdaderos centros del saber, los *laboratorios* de la Ciencia. ¿Cuándo, por ventura, se ha hablado en serio entre nosotros de verdaderas Universidades ó centros de Estudios Superiores? ¿Tenemos, por ejemplo, algo que se parezca á los seminarios alemanes como el de Berlin, Leipzig, Breslau, en donde enseñaron y enseñan Ihering, Holtzendorff, Gneist, Brentano, Hinschius, Von Bar, Windscheid y otros? ¿Cuándo podemos ufanarnos con catedráticos de tanta fama y renombrado saber como D. Francisco Giner de los Ríos, D. Gumersindo de Azcárate, D. Adolfo Posada, D. Ricardo Rubio, D. Manuel B. Cossío, ó como Lavisse, Marión, Pécaut, Larnande, Buisson, etc.? Si exceptuamos á muy contados profesores que lo son de verdad y al-

guno que otro centro docente, ¿es acaso decir un despropósito cuando afirmamos que apenas tenemos lo que se llama Segunda Enseñanza? En punto á reformas pedagógicas, cuáles podemos catalogar fuera de la tan trascendental del Sr. Cisneros Cámara?

Por un decreto de 31 de Agosto de 1894, debido á la iniciativa y enérgicos esfuerzos de nuestro grande é insigne pedagogo Lic. Don Adolfo Cisneros Cámara, quedó implantado en el Instituto Literario del Estado la Enseñanza Primaria Moderna, inspirada en los preceptos y conclusiones del último Congreso Pedagógico Nacional Mexicano. Esta Enseñanza, duro es decirlo, ha entrado en una franca crisis desde la muerte de su ilustre fundador, pero más, desde el cambio radical de Gobierno operado no ha mucho en el Estado, en que las cátedras han sufrido cambios frecuentísimos en el personal de su profesorado. ¡Ojalá, y hacemos votos porque esa enseñanza, cara á nuestro Estado, salga con bien del peligro que le amenaza de perder su primitivo espíritu!

Si aun hoy que casi casi, estamos al tanto de lo que en otros centros más adelantados que el nuestro se piensa, puesto que hasta contamos en la pequeña lista de nuestros centros docentes Escuelas Especiales, como las de Medicina y Cirujía, de Farmacia, de Jurisprudencia y Notariado y de Matemáticas superiores ¡sin embargo, cuán por bajo estamos del nivel intelectual de Europa!

Esto por lo que á nosotros toca. ¿Qué no diremos entonces en defensa del SR. GAMBOA, por

los defectos que naturalmente se encuentran en su obra, si en aquella desdichada época en que fué estudiante, apenas se podía contar con deficientes y trasnochados programas de estudios, y en lo atañadero á métodos y textos ¡Dios mío! fuera mejor callar! Juzgue el benévolo lector la naturaleza de éste ambiente en que se formó nuestro autor. Desde sus primeros años se sintió atraído al estudio asiduo y quizá hasta inmoderado, sirviéndole además en mucho, el trato frecuentísimo con personas ilustradas que en política ocupaban altas posiciones al igual que él en otros tiempos; estas y otras razones le indujeron á que se dedicara ya con más seriedad á la Ciencia y se familiarizara, primero, con las obras de los grandes filósofos de la Revolución francesa.

Mas así como las aguas que en su cauce se deslizan van dejando sedimentos varios, fenómeno semejante aconteció con nuestro autor al pasar por su cerebro las doctrinas racionalistas y ateas de aquellos revolucionarios del pasado siglo. Voltaire como Roussseau, como Proudhon y otros cien, fueron los autores con quienes se familiarizara en la época que pudiéramos llamar de su formación intelectual. Mas sea que aguijoneado por su natural instinto de saber, ú orientado por el recto criterio de su varonil espíritu, dedicóse á serios y profundos estudios acerca de la Biblia, estudiando después comparativamente las religiones, y, al fin de la jornada..... resultó cantando las excelencias y grandezas de aquella Religión augusta sellada y confirmada de una ma-

nera cruenta en la cima del Gólgota con la sangre del Inocente.

Si el gran Menéndez Pelayo hubiese escrito acerca de los heterodoxos hispano-americanos, como escribió de los españoles, sin duda hubiera incluido en ese catálogo á nuestro autor, á quien, por autonomasia, se le llamó en tiempos *el Renán de Hoctún*. Mas no se crea que se pasó á las primeras de cambio de la heterodoxia á la ortodoxia. Antes y después de verificarse en él este cambio psicológico y moral, fué discípulo y admirador del célebre naturalista inglés Carlos Darwin, profesando sus doctrinas. Empero, no contentándose con ciertos eufemismos del autor de *El origen de las especies*, abandonó en parte sus doctrinas y se afilió entre los adeptos más avanzados del célebre y más atrevido discípulo de Darwin en Alemania, Ernesto Haeckel, autor de la *Morfología y Antropogenia*.

Como es natural suponer, el SR. GAMBOA, enamorado de las doctrinas científicas de estos últimos, dedicóse como el que más, al estudio concienzudo, y por su propia cuenta, de las ciencias naturales en toda su extensión, sin olvidar por un momento el interesantísimo ramo de la Anatomía y Fisiología comparadas, y la Arqueología. A este propósito, y siempre muy al tanto de lo que en estas materias se produce en el mundo científico, pudo allegarse las obras más modernas en donde se encuentran los últimos veredictos de la Ciencia, merced á su regular fortuna que en todo tiempo le ha permitido una vida holgada y tran-

quila, dedicada al estudio y á la serena y libre contemplación de la Ciencia.

Siendo ya militante en el terreno de la ortodoxia, sus firmes principios religiosos no le han impedido hasta hoy, dedicarse como siempre, á la libre investigación científica, sin divorciarse jamás con los autores que no piensan como él, por sus doctrinas y conclusiones más ó menos heterodoxas. Profesa, por convicción y por principio, de que entre la Religión y la Ciencia no existe ninguna solución de continuidad. Y si los jacobinos políticos de cierta época, quieren tildarle de ser demasiado liberal, sólo porque profesa con buena fe y sinceridad, los principios democráticos y republicanos consignados en nuestra Carta fundamental, al par que hijo obediente de la Iglesia católica, eso, en vez de ser mengua para él, le honra y le enaltece, y de ninguna manera puede ser culpa suya, la miopía intelectual, política y religiosa de sus detractores.

Es enemigo declarado del torpe y ciego fanatismo, que lo mismo arrastra á los individuos como á las naciones á los más graves desaciertos, de funestísimas consecuencias, como por desgracia leemos en el gran libro de la experiencia diaria. No se asusta, ni hace ascos al nuevo libro científico sólo porque pueden leerse al frente los nombres de Topinard, Spencer, Buchner, Moleschott, Straus, Marx, Drapper, etc. Nuestro autor, digámoslo de una vez, es un verdadero eclético; busca é inquiera la verdad donde cree hallarla, no importándole el autor que la expone.

¿No se ha dicho que entre espinas nace, crece y descuella la más linda y perfumada flor, y que en los negros pabellones del espacio cintilan con más radiosa luz las estrellas? De idéntica manera. ¿A qué vendrían, pues, esos pueriles y ridículos aspavientos en presencia del nuevo libro, sólo porque su autor no comulga con los dogmas católicos? En el seno de la Iglesia misma, ¿quién, acaso, no ha leído las elocuentes páginas del insigne Obispo de Cesaréa, el Magno Basilio, donde recomienda la utilidad y provecho que se obtienen leyendo á los autores profanos? ¿Quién no recuerda las polémicas vehementes sobre este mismo tema entre Mr. Dupanloup y el abate Gaume? A qué acaloramientos no habían llegado estos dos ilustres contendientes cuando Roma les impuso silencio? Y si Roma habló, no fué ciertamente para apoyar la tesis de Mr. Gaume que había denunciado los estudios clásicos, como «el gusano roedor de las sociedades modernas», sino para evitar un escándalo entre la gran familia cristiana. Entre tanto, la tesis de Mr. Dupanloup es seguida y practicada no sólo por eminentes dignidades eclesiásticas, sino también por sabios y distinguidos escritores laicos.

Y sin ir muy lejos, sin salir de casa, como si dijéramos, ¿quién no conserva con interés entre sus libros, ejemplares de poetas clásicos paganos traducidos en elegantes versos castellanos por un insigne obispo de la Iglesia mexicana, que entre los árcades de Roma se llama *Ipandro Acáico*, el cual corresponde al genuino nombre del Ilmo.

Doctor y Maestro Don Ignacio Montes de Oca y Obregón, actual Obispo de San Luis Potosí?

Así podría yo seguir citando una pléyade de escritores de la más pura ortodoxia católica, como por ejemplo, el sapientísimo prócer de las Letras españolas Don Marcelino Menéndez y Pelayo, quien no ha visto rebajarse su dignidad de «católico á machamartillo,» manejando á diario á los clásicos griegos y latinos, traduciéndolos, comentándolos y expurgándolos para presentarlos á la juventud como eternos modelos de belleza y de educación moral, como en solemne ocasión afirmó en primorosas frases. Por último, cúmplesnos observar de una vez por todas, que el SR. GAMBOA no persigue ningún propósito artístico ó literario en su libro, sino tan sólo el religioso y moral; él viene exponiendo una idea, y su principal esfuerzo ha sido el expresarla del mejor modo posible, sin preocuparse poco ni mucho en pulir y acicalar sus frases. Para él, lo principal es la Idea; y además..... ¿qué obra humana hay que esté exenta de defectos?

Gabino de J. Vázquez.



El positivismo filosófico
y su influencia en el estado actual de la
sociedad humana.

I.

SIN remontarnos á los tiempos de Aristóteles, Locke, Condillac y otros muchos filósofos que elaboraron los elementos del positivismo moderno, sólo nos fijaremos en el atrevido pensamiento de Augusto Comte, que en 1798 fundaba en Francia la escuela filosófica que cien años más tarde había de conmovir los fundamentos de la filosofía cristiana.

Sus propagadores Littré y Stuart Mill, han sido tan afortunados, que de 1857 á la fecha, han conseguido casi variar el con

Doctor y Maestro Don Ignacio Montes de Oca y Obregón, actual Obispo de San Luis Potosí?

Así podría yo seguir citando una pléyade de escritores de la más pura ortodoxia católica, como por ejemplo, el sapientísimo prócer de las Letras españolas Don Marcelino Menéndez y Pelayo, quien no ha visto rebajarse su dignidad de «católico á machamartillo,» manejando á diario á los clásicos griegos y latinos, traduciéndolos, comentándolos y expurgándolos para presentarlos á la juventud como eternos modelos de belleza y de educación moral, como en solemne ocasión afirmó en primorosas frases. Por último, cúmplesnos observar de una vez por todas, que el SR. GAMBOA no persigue ningún propósito artístico ó literario en su libro, sino tan sólo el religioso y moral; él viene exponiendo una idea, y su principal esfuerzo ha sido el expresarla del mejor modo posible, sin preocuparse poco ni mucho en pulir y acicalar sus frases. Para él, lo principal es la Idea; y además..... ¿qué obra humana hay que esté exenta de defectos?

Gabino de J. Vázquez.



El positivismo filosófico
y su influencia en el estado actual de la
sociedad humana.

I.

SIN remontarnos á los tiempos de Aristóteles, Locke, Condillac y otros muchos filósofos que elaboraron los elementos del positivismo moderno, sólo nos fijaremos en el atrevido pensamiento de Augusto Comte, que en 1798 fundaba en Francia la escuela filosófica que cien años más tarde había de conmovir los fundamentos de la filosofía cristiana.

Sus propagadores Littré y Stuart Mill, han sido tan afortunados, que de 1857 á la fecha, han conseguido casi variar el con

cepto filosófico de muchos siglos, y de aquí es como la ciencia invocada por estos reformadores viene desarrollándose en este sentido.

Aunque la Iglesia católica única depositaria de la verdad eterna ha estado en continua lucha contra el error, éste sin embargo, persiste y se extiende por todo el orbe. Los sabios del mundo se confabulan en su espíritu de percepción contra los dogmas que ella enseña, y el ambiente que hoy se aspira en la ciencia humana, es el materialismo evolutivo.

No pocos son los grandes talentos consagrados á destruir con su ciencia la obra magna de Dios (la Iglesia católica) que ha enseñado y enseña aún las grandes verdades reveladas por quien es Autor de todas las cosas, y quien existe desde el principio sin mutación alguna.

Para el logro del fin que estos persiguen, se han distribuido el trabajo en varios órdenes de la ciencia, y así el naturalista con su transformismo material como el antropólogo, el fisiólogo, etc., de común acuerdo conspiran contra su existencia; tarea revolucionaria que hoy está minando los fundamentos de la sociedad, y

que en nuestro concepto debe mover á todo espíritu de fé religiosa para dar su contingente en favor de una de las causas más santas.

Aunque á nuestra humilde personalidad la consideramos incompetente en el asunto de que tratamos, por ser de un orden superior á nuestra posibilidad, baste, sin embargo, los buenos deseos que abrigamos de tocar una cuestión que plumas mejor cortadas que la nuestra pueden abordar con más seguro éxito y que dejarían satisfecha nuestra aspiración.

En efecto, lo único que ambicionamos es el descubrimiento de la verdad, y así, para afrontar el estudio de esa filosofía que hoy campea en el mundo con pretensiones de variar la faz de la humanidad, se hace necesario compararla con la filosofía cristiana, que entraña para nosotros esa verdad que ansiamos encontrar.

Si buscamos la causa eficiente que produce esa crisis espiritual, por decirlo así, que notamos hoy día y pone á los hombres en condiciones de casi no poder soportar la vida, sólo la encontraremos en esas elucubraciones abstractas, en esa ciencia del hombre en el orden moral, que le hace

perder el concepto primitivo de su origen divino, y le presenta como simple producto de la Naturaleza al través de transformaciones sucesivas hasta llegar al estado actual de humanidad. Así Carlos Darwin con su escuela, seguida por tantos ilustres sabios, no hace otra cosa que demostrar al hombre su común origen con el mono. Ernesto Haeckel su más ardiente admirador, queriendo ir más allá que su maestro, pretende demostrar que todo ser organizado se forma por evolución de la materia, y que éste se perfecciona desde el mineral, el vegetal y el animal, hasta llegar á la especie humana. (Virchow, Maudsley, Spencer) y otros genios del moderno positivismo, cada quien en su esfera, contribuyen eficazmente á cambiar el concepto filosófico, y he aquí, la causa de la crisis de ideas que ya deja sentir en el mundo su influencia disolvente.

Mas tomemos como base las teorías del más inspirado evolucionista; tomemos las de Haeckel que nos parecen las más avanzadas, para analizar y comparar con la expresión sencilla de la filosofía cristiana, y ver si de las teorías transformistas se

desprende la negación de la existencia de Dios, y por consiguiente, de la religiosidad del hombre. Sí; entremos de lleno en esos conceptos de la más elevada filosofía, cuyos misterios están vedados á la criatura humana descifrar y no nos detengamos, sino donde los ilustres pensadores se detengan también. Debemos seguirlos hasta el punto de parada, y averiguar si la luz que proyectan no es luz del fuego fatuo. Así comenzaremos por el análisis de la vida que es lo que más interesa á la humanidad.

El biólogo moderno considera ésta, una lucha constante de fuerzas antagónicas que necesariamente se desarrollan en el ser organizado, á quien considera como una sociedad de elementos organizados, efectuada con el único fin de conservarse; y como estos elementos no pueden ser otra cosa que segmentaciones celulares, tomemos la célula (primer elemento anatómico) como el tipo primordial de todo organismo, y así podremos comparar las teorías haeckelianas, en cuanto á la psicología celular, con las afirmaciones de Moisés inspirado narrador de las Santas Escrituras en el Génesis, ó sea; el primer libro del Pentateuco.

Mientras que Haeckel considera á las células microscópicas seres vivos, independientes, organismos fisiológica y morfológicamente autónomos, perdiéndose entonces las primeras nociones de la vida, Moisés con una sencillez admirable nos habla de la creación universal verificada en seis días, ó sean, seis épocas que la geología y paleontología vienen confirmando con sus nuevos descubrimientos.

Los primeros elementos orgánicos aparecieron en el tercer día, ó tercera época, que es cuando mandó Dios que la tierra produjera hierba verde, ó tierna. Desde entonces comenzó á desarrollarse la vida en el mundo; pero esta era la vida orgánica vegetal. Al quinto día manda el Señor que las aguas produzcan reptiles animados y aves que vuelen sobre la tierra y es desde luego cuando comienza la vida animal.

Al sexto día, ó sexta época, manda Dios que la tierra produzca los animales vivientes en cada género; y como coronamiento de su creación eterna hace al hombre á su imagen y semejanza; pero le forma con los elementos ya creados por él, inspirándole su espíritu divino, para dis-

tinguirlo de los brutos. De manera que plugo á su voluntad soberana crear al hombre de la tierra misma en cuanto á la forma y de su espíritu divino en cuanto á su esencia, y esto constituye su dualidad ó su naturaleza física y moral. *Homo duplex*.

Como todo ser organizado necesita para la vida los mismos elementos que el hombre, en el orden material, y como por otra parte, la ciencia humana en su afán de penetrar los misterios de la creación encuentra semejanzas tan estrechas entre el hombre y el animal, y entre éste y el vegetal, ha fundado la hipótesis de la transformación sucesiva desde el mineral, el vegetal, el animal hasta el hombre, sin tener en cuenta el modo con que Dios quiso crear el universo.

Todos los seres según el Génesis, son producto del agua y de la tierra, ó, lo que es lo mismo, son el producto de la materia, y por consiguiente, siguen ineludiblemente las leyes impuestas á ésta; pero el hombre aunque en parte está sujeto á las leyes de la materia por su naturaleza física, no sucede así en cuanto á su naturaleza moral que es enteramente libre respecto de la acción de aquellas. Por eso

le vemos progresar de un modo distinto á los brutos, y de ahí es que ha podido enseñorearse sobre toda la creación.

II.

Mas sigamos palmo á palmo á ese gran pensador alemán, sigamos analizando sus teorías que aunque no están elevadas al rango de ciencia, son, sin embargo, peldaños puestos para que el hombre del porvenir pueda subir á proyectar focos de luz al mundo.

Haeckel al considerar á las células microscópicas como otros tantos seres vivos, esto es, como organismos perfectos, ¿en dónde puede encontrar el primer elemento de la vida? ¿No es verdad que éste sabio pensador, sin quererlo, reconoce la existencia de un Soberano creador que ha hecho la célula? Podrá decir que esta no es el principio de la materia; que la célula está formada por moléculas y éstas por átomos su última división. Y contestaremos que siempre quedaría en pié nuestra afirmación, puesto que si el átomo es en último resultado el primer elemento de la vida, ¿quién entonces formó á éste? Ne-

cesariamente tiene que resolver éste dilema: ó el átomo debe su existencia á Dios omnipotente Creador de todas las cosas, ó se la debe á sí mismo, en cuyo caso ese será el Dios que no quiere reconocer, con la diferencia de que el concepto que nosotros nos formamos de nuestro Dios sería altamente superior al suyo.

En efecto, la idea de Dios tal como la enseña la Iglesia católica, es la que más satisface las aspiraciones del alma. Saber que existe un Principio Creador, infinitamente perfecto y poderoso, que ha hecho las cosas con un orden tan admirable, que ha impuesto á éstas, leyes inmutables y que ha querido dejar ocultas para que el hombre con el poder de su espíritu fuera descubriendo y admirando su sabiduría en cada una que descubriera, eso sí, apaga nuestra sed insaciable de encontrar ése *algo* que nos arrastra en toda nuestra existencia.

Mas no sucede lo mismo con el materialista que no posee estas nociones. Para él, la espontaneidad ha producido todo lo que admiramos. El mundo, saliendo del caos de un modo repentino, trae el orden, las leyes invariables que lo rigen, y la materia creadora no ha producido más que unos

cuantos ejemplares de organismos, que en su evolución incesante presentan la multiplicidad de los seres organizados, viniendo á reducirse en síntesis general, á un sólo ejemplar, la materia bruta en transformación sucesiva. Ella crea las estrellas luminosas y los planetas, lo mismo que á las plantas y los animales en cuya categoría está incluso el hombre. Su creación es una evolución constante; y hay un encañamiento tan estrecho, tan íntimo, desde el mineral hasta el hombre, que no sería posible la concepción de éste, como tal, sin antes averiguar su evolución ó transformación material.

Los evolucionistas modernos, con Haeckel á la cabeza, han concebido organismos intermediarios entre el vegetal y el animal, para expeditar mejor el desarrollo de sus teorías transformistas, y así podemos agradecerles tanta nomenclatura científica en éste orden.

Haeckel, el más avanzado como hemos dicho antes, descubre los protistos, las móneras y las plastídulas, para poder encañar esa evolución desde el vegetal hasta el hombre; pero al mismo tiempo niega su sanción científica al maestro,

Carlos Darwin, en su pangénesis por considerarla insostenible en la ciencia.

En efecto, la pangénesis doctrina inversa de la panspermia que hoy recibe la acalorada sanción de la ciencia, no puede admitirse ni como hipótesis científica, por estar en abierta contradicción con los hechos de observación. Resta, pues, dirigir la mirada hacia esa doctrina desarrollada y comprobada por el ilustre sabio francés M. Pasteur en su laboratorio, que tanta riqueza ha dado á la ciencia.

Entonces puede considerarse la panspermia como la mejor pregonadora de una verdad que hace más de cuatro mil años era decantada allá en las seledades del desierto. Sí; Moisés instruyendo á su pueblo acerca de la creación universal, le enseñó cómo el Señor había creado á los seres, depositando los gérmenes de vida en todo el universo, para desarrollarse en organismos cuando tuvieren medios de adaptación para la vida. Y así como dispuso la reproducción de todas las especies visibles al hombre, así también plugo á su voluntad Soberana que las especies invisibles entonces, se reprodujeran del mismo modo. De manera que la panspermia en

su rango de ciencia, viene demostrando con el auxilio de poderosos microscopios que no existe la generación espontánea, piedra angular de todo materialismo.

Pues si la ciencia viene demostrando la verdad bíblica, que sin los recursos de investigación con que hoy se cuenta ha pregonado de un modo sencillo esas grandes verdades proclamadas en el día por los sabios, ¿por qué no tomarla como fuente de verdad en sus narraciones? Todavía no se tenía una idea del telescopio, y ya Moisés proclamaba que las estrellas eran tan innumerables como las arenas del mar; no se soñaba siquiera en la geología, y él enseñaba que el mundo fué creado en seis épocas geológicas; no se tenía noción de la Paleontología, y él había dicho que los primeros animales que existieron fueron los invertebrados. Y así, si se examinara atentamente la concordancia que existe entre la verdad bíblica con la verdad científica, se notaría inmediatamente su armonioso enlace; pero siempre que al hacer la comparación, sin ese espíritu de prevención en contra, tuviera en cuenta el pensador la época y el pueblo á quien se dirigía Moisés.

III.

El hombre dotado de inteligencia, para poder descubrir los maravillosos secretos de la Naturaleza creada, ha puesto empeño en hallar todo lo que constituye la creación, y así le vemos en los diversos órdenes de la ciencia desplegar la actividad de que es capaz su espíritu.

De su sed insaciable de adquirir las nociones que ansía poseer, viene esa lucha tripartita que abre á la humanidad los tres campos de la política, del arte y de la ciencia. Lucha que abarcando el conjunto de las aspiraciones humanas, viene á trastornar lo que hay de más íntimo en nuestra vida.

Así, pues, hemos visto surgir del teatro mismo de los acontecimientos á los genios creadores en los tres campos, que son el motivo de la actividad del hombre. Y como los intereses que se ventilan en ellos son de aspiración heterogénea, de ahí viene ese conflicto que divide á la humanidad y la hace estallar á manera de los planetas que se convierten en asteroides por algún brusco choque que recibieran.

su rango de ciencia, viene demostrando con el auxilio de poderosos microscopios que no existe la generación espontánea, piedra angular de todo materialismo.

Pues si la ciencia viene demostrando la verdad bíblica, que sin los recursos de investigación con que hoy se cuenta ha pregonado de un modo sencillo esas grandes verdades proclamadas en el día por los sabios, ¿por qué no tomarla como fuente de verdad en sus narraciones? Todavía no se tenía una idea del telescopio, y ya Moisés proclamaba que las estrellas eran tan innumerables como las arenas del mar; no se soñaba siquiera en la geología, y él enseñaba que el mundo fué creado en seis épocas geológicas; no se tenía noción de la Paleontología, y él había dicho que los primeros animales que existieron fueron los invertebrados. Y así, si se examinara atentamente la concordancia que existe entre la verdad bíblica con la verdad científica, se notaría inmediatamente su armonioso enlace; pero siempre que al hacer la comparación, sin ese espíritu de prevención en contra, tuviera en cuenta el pensador la época y el pueblo á quien se dirigía Moisés.

III.

El hombre dotado de inteligencia, para poder descubrir los maravillosos secretos de la Naturaleza creada, ha puesto empeño en hallar todo lo que constituye la creación, y así le vemos en los diversos órdenes de la ciencia desplegar la actividad de que es capaz su espíritu.

De su sed insaciable de adquirir las nociones que ansía poseer, viene esa lucha tripartita que abre á la humanidad los tres campos de la política, del arte y de la ciencia. Lucha que abarcando el conjunto de las aspiraciones humanas, viene á trastornar lo que hay de más íntimo en nuestra vida.

Así, pues, hemos visto surgir del teatro mismo de los acontecimientos á los genios creadores en los tres campos, que son el motivo de la actividad del hombre. Y como los intereses que se ventilan en ellos son de aspiración heterogénea, de ahí viene ese conflicto que divide á la humanidad y la hace estallar á manera de los planetas que se convierten en asteroides por algún brusco choque que recibieran.

Entonces y asemejándose á los asteroides que giran por su propia cuenta por el espacio, la humanidad fraccionada en el campomoral, gira igualmente por su propia cuenta y desconoce la unidad que le es indispensable para sostener su elevado rango. Sí, es precisa esa unidad para dejar de sentir la necesidad de la lucha que convierte á la humana especie en un juguete.

En efecto, si compilamos los trabajos del hombre desde la creación hasta nuestros días, ¡qué sorpresa no recibiríamos al extractar lo útil de todo lo edificado! Cuántos ingenios de primer orden han agostado todas sus energías por elevar la esfera de la humanidad, y el tiempo ha demostrado lo infructuoso que han sido tales tentativas.

Es verdad que en el mundo existe la ley del progreso que lo arrastra todo; pero en el campo moral es muy difícil de percibirlo de un modo claro y distinto; y de allí han surgido tantos sistemas filosóficos que se contrarían entre sí. [Suponemos al lector en pleno conocimiento de los principales sistemas filosóficos que han guiado al mundo, y por eso nos abstenemos de citar uno á uno á todos los que han formado época y escuela.] Sólo diremos que desde Platón

y Aristóteles, los fundadores de las dos sendas que todos siguen, se ha verificado una evolución constante que sostiene la lucha humana. En ambos lados han brillado inteligencias sobresalientes, y por eso el mundo fluctúa en la elección del criterio que debe adoptar en definitiva.

¡Cuántos talentos han consagrado su vida en la solución del más intrincado problema, el de hallar la verdad absoluta para el mundo, llevando sendas distintas para este objeto! Y todo ¿para qué? Para bien y felicidad del hombre, en último término.

De todas las conquistas de la humanidad alcanzadas por el progreso incesante que la arrastra hacia su último fin, ninguna afecta más al hombre que las del orden moral, como que estas se relacionan directamente con su espíritu, lo más sublime de su ser, y por eso le vemos empeñado en abordar con más ahinco las cuestiones filosóficas en todos los tiempos.

Hoy día, predomina su afición por las ciencias en todas sus manifestaciones, y su aspiración es el de resolver con ellas el gran problema de su porvenir individual. Cuestión altamente importante, como que

se trata de la eternidad de su destino, el cual puede ser infinitamente feliz ó infinitamente desgraciado. Cuestión que lo mueve hasta á fantasear en los medios de investigación, y de allí su desbordamiento en el insondable abismo de las ideas.

El hombre en su afán de substraerse á las leyes que el Eterno Creador impuso á su alma, crea con la potencia de su espíritu otras que quiere lo rijan en el orden moral, y á éstas les llama Ciencia; pero como no puede conciliar los fines del espíritu con los que entraña la ciencia humana, se hace necesario que él niegue entonces su primitivo origen, y así le vemos marchar de hipótesis en hipótesis hasta llegar á confundirse con la materia bruta. ¡Qué desgracia! el hombre, creado para las complacencias de Dios, creado á su semejanza divina para ser la cabeza de la creación, y á quien se ha concedido el dominio de todas las cosas, abdica voluntariamente de su alto rango, y quiere confundirse hasta con lo más grosero que existe en el mundo.

El naturalista despreciando la concepción metafísica del hombre, sólo busca sus afinidades con la materia. Y como éstas son muy estrechas, por lo que aquel tiene

de material, concluye por suponer que el hombre es un producto perfeccionado de ella; mas como esta suposición debía fundarse en algo, dedica su atención á la exploración científica, á virtud de la cual surge la biología que expone como la mejor fuente de verdad, y funda en ella todo su criterio en cuanto á su primitivo origen.

Mas si averiguamos lo que ha adelantado en las ciencias biológicas respecto de su propia esencia, podemos convencernos que nada, enteramente nada. La eterna cuestión del espíritu y de la materia todavía en pié como desde el principio del mundo. Por eso vemos que una hipótesis científica que ayer era una verdad recibida, decae con la misma facilidad con que surgió. Es porque el espíritu humano sólo puede saciar su aspiración con la verdad de Dios, esa verdad que ha sido, es y será hasta el fin de los siglos, inmutable, cual es el Omnipotente Creador. Si el hombre, sin desatender el estudio de las ciencias naturales que le descubren las leyes que rigen la materia, como su transformación sucesiva, aplicara en cuanto al espíritu la inducción y deducción que hoy emplea en el estudio del hombre, conside-

rándolo puramente material, nos parece que anduviera menos extraviado.

En efecto, ¿quién puede dudar que hay en el orden espiritual gradaciones que se reconocen á primera vista? Encuéntranse en los animales los caracteres propios de la vida del hombre, funciones tan iguales, que es imposible dudar que ambos siguen las mismas leyes morfológicas y fisiológicas, y, sin embargo, no podemos confundir al animal mejor organizado, con el hombre en su degradación más notable. Y esto ¿por qué?

Desde que existen los animales y el hombre, ha podido advertirse diferencias esenciales entre estos y aquel, no en cuanto á lo que tienen de material, sino en cuanto al espíritu: primero, el animal en su estado estacionario, no ha podido nunca generalizar, por lo que su estado actual no difiere en nada del primitivo, mientras que el hombre habiendo comenzado en el estado más rudimentario, le vemos hoy colocado en la meta de su grandeza y preponderancia, tan sólo por su razón que lo lleva de conclusión en conclusión hasta hallar su perfección posible.

Todo en la creación revela gradaciones:

la materia comienza por el átomo del éter, medio en que vive el átomo de la materia ponderable: la vida se manifiesta desde el plasón, protisto, mónera, plastídula, hasta llegar al infusorio, de que nunca hubiera tenido noticia el hombre si este careciera de esa luz divina que se llama razón. Con esta ha podido penetrar hasta lo más íntimo de la Naturaleza por medio de los instrumentos que ha inventado para suplir lo que los sentidos corporales no han podido darle, y así le vemos lleno de atrevimiento querer traspasar los límites que le están designados para entrar con bandera desplegada al campo del espíritu, al campo en que reside Dios, Soberano Creador y ordenador de todas las cosas, visibles é invisibles.

Mas como el hombre al pisar el último peldaño de lo que le es posible franquear, se encuentra completamente desprovisto de los elementos indispensables para poder entender las cosas del otro campo, fuerza á su razón para que le dé cuenta del orden espiritual como se la dá en el orden material. Y como esta es incompetente, por estarle vedado penetrar los altos arcanos del Señor, se desarrolla á

impulsos de las exigencias del hombre y le dá una explicación del infinito, como si se tratara de las cosas finitas. De allí su desbordamiento en hipótesis y sistemas, y de ahí su alejamiento de su Autor Divino. Y como mientras más se aparta de él, más obscuridad y confusión encuentra, se ve en la condición de no poder sostener por mucho tiempo sus más hermosas conquistas.

En nuestro concepto, el hombre debe limitar su aspiración á las cosas que le son posibles analizar por medio de su razón y conformarse en cuanto al orden espiritual con la verdad revelada. De otra manera andará de error en error hasta llegar á confundir las cosas reales con las ficciones que se vaya formando en su mente.

En efecto, ¿qué ha ganado en las ciencias metafísicas desde que es hombre? ¿No se tiene la misma concepción del espíritu como hace miles de años? ¿Los materialistas modernos, no revelan que sus concepciones de actualidad en este orden son viejísimas? Desde la más remota antigüedad han existido filósofos con pretensiones de variar el concepto que debe tenerse respecto á la naturaleza y esencia de Dios y de

todo ser espiritual, y sin embargo, ¿qué se ha adelantado en éste asunto? ¿No queda en pié la misma duda, la misma ignorancia que antes?

IV.

Los filósofos, los naturalistas, los físicos y químicos modernos, con toda esa pompa de ciencia que en la actualidad se ostenta, nada han adelantado respecto de la metafísica, y á nuestro modo de ver, jamás lograrán avanzar una línea.

Es verdad que hoy día se pretende reducir la psicología á fisiología pura; pero con esto ¿se subsana en algo la dificultad de penetrar en el campo espiritual? Nos parece que no.

A los que como Maudsley consideran al espíritu como una simple manifestación de la materia cerebral, haciendo radicar el pensamiento y las demás facultades del alma en una función orgánica, puede preguntárseles, ¿porqué, si el alma del hombre, que es la que analizan, es una simple manifestación de la materia tiene la potencia de generalizar sus ideas? Los animales de orden superior, como el mono

v. g. ¿no tienen las mismas funciones cerebrales, y sin embargo, han podido alguna vez concebir el infinito? El estado estacionario en que yacen nos responden negativamente. Desde que estos existen no se conoce en ellos ningún adelanto, ni en la forma, ni en el fondo. Si pudiera traerse al análisis el primer mono que holló la tierra, se vería que en nada difiere del que hoy miramos en todos los continentes.

Al sacar Dios de la nada la materia cósmica, la materia universal, la masa general que llevaba en su seno virtualmente al universo mundo con todas sus partes, cielo, tierra, astros y animales, los cuales existían allí de una manera potencial, confusa é indistinta, y de allí debían salir sucesivamente á virtud de las leyes impresas á la materia primitiva al efecto por su voluntad omnipotente y ordenadora, quiso también sacar de ella de un modo especial al hombre que hizo á su imagen y semejanza y á quien sin sustraerlo de las leyes generales que rigen la materia puso á la cabeza de toda la creación para que él fuera el lazo de unión entre el mundo material y el mundo espiritual.

En efecto, si se suprimiera de la creación al hombre, ¿cómo podría relacionarse el universo con su Soberano Autor? Al hombre nada más le es dado llegar á la concepción de lo divino, de lo sobrenatural; á él se ha otorgado graciosamente el don de entender las maravillosas leyes que Dios impuso á todo lo creado, y es por eso que puede hoy vanagloriarse de los descubrimientos que ha hecho en orden á estas mismas leyes que permanecían ocultas.

Mas cuando por espíritu de soberbia quiere traspasar los límites de su posibilidad, entonces todo se obscurece en él, y su razón se niega á satisfacer su pueril exigencia. Entonces es llevado en alas de la ficción que le hace perder las nociones positivas de toda realidad. Así le vemos crear hipótesis sobre hipótesis para suplir lo que la razón se ha negado á suministrarle, y le vemos caer hasta el absurdo en medio de su ciencia.

Cuando el hombre busca en la materia el origen de sus facultades psicológicas se pone en la condición de errar, porque ésta sigue otro orden y obedece otras leyes. La Naturaleza, pues, y el espíritu se revelan

á la más elemental consideración de nuestra propia esencia humana, y así nunca debía hacerse abstracción del espíritu al juzgarse de nuestra propia naturaleza.

Nadie puede desconocer la inmensa diferencia que existe entre los cristales v. g. y la materia organizada. ¿No es verdad que mientras aquellos representan la inercia, la muerte, ésta por el contrario es la fiel expresión de la actividad, de la vida, etc? Pues esto significa que hay algo superior en la materia organizada, por razón de su organización, y he aquí por qué notamos esas gradaciones de que ya hemos hablado.

Si contemplamos con espíritu sereno la creación universal, fácilmente podremos notar la correlación de las diferentes manifestaciones de la materia; pero siempre marcando la línea divisoria que existe entre ella y el espíritu. Así vemos en los tres reinos de la naturaleza, comenzar la vida desde el vegetal hasta el hombre.

Nacen y se desarrollan las plantas, de un modo distinto de los animales; y aunque tienen con estos un punto de contacto en cuanto á su vida vegetiva, no se puede, sin embargo, confundir la más esbelta planta

con el animal del orden más inferior, y así, plantas, animales y el hombre, viven en el mundo sin poderse confundir.

Hemos dicho antes que plugo á la voluntad soberana de Dios hacer al hombre de los mismos elementos de la materia creada, y por consiguiente, sujeto en cuanto al cuerpo, á las leyes impresas á ésta. Mas con respecto de su alma, goza de una libertad desconocida en toda la Naturaleza.

En efecto, ¿puede haber comparación entre los efectos naturales de la materia y las facultades del espíritu? Puede compararse la presencia de los múltiples agentes de aquella que bajo la forma de calor, luz, gravitación, electricidad y afinidad química nos admiran, con esas concepciones del espíritu, que sin seguir de un modo fatal ninguna ley, lo penetran y analizan todo?

La naturaleza entera con todo ese cortejo inmenso que ha producido por desarrollo sucesivo, ¿qué vale ante el espíritu que representa una chispa, por decirlo así, del poder de Dios? El mundo sideral que representa tantos sistemas planetarios entre los que se encuentra el nuestro, ¿qué vale ante el hombre más humilde?

Si un observador pudiera colocarse en medio del gran movimiento de los astros, si pudiera penetrar los secretos de evolución de la materia cósmica y mirar la formación de nuevos mundos á través de evoluciones sucesivas, ¿no es verdad que su admiración no tendría límites? Y sin embargo, esto es nada en comparación de espíritu que es la síntesis de las obras de Dios.

Pues ya que la ciencia en su afán de confundir el concepto espiritual con el concepto material, no puede dejar satisfecha nuestra razón, por serle imposible hacernos entender la naturaleza íntima de aquel, por serle imposible negar las manifestaciones de sus facultades que sólo se observan en el hombre, preciso es confesar, cuando menos, que esto es un misterio que está fuera de nuestro alcance, y atenernos á la verdad revelada, á esa verdad enseñada por Dios y que la Iglesia católica publica á diario, y que es la que más satisface al alma.

V.

Si averiguamos el fundamento de todo materialismo, sólo podemos encontrarlo

en hipótesis previamente establecidas, y más ó menos ingeniosas. Ninguna verdad demostrada evidentemente, como debía exigirse por todos los que ansían salir del error, si es que por error tienen las enseñanzas metafísicas. Ninguna afirmación rotunda se tiene en este sentido que pudiera justificar á los que voluntariamente se apartan de la verdad revelada.

Mas si en vez de consagrar todo su ingenio al descubrimiento de nuestro origen en la materia, pusieran empeño en estudiar la verdad bíblica destituidos de toda prevención, ya hubieran colmado sus deseos.

En efecto, todo hecho real se revela por sus antecedentes, y hasta las cosas que están en el porvenir se pueden adivinar por la inducción y deducción. Ahora bien, en la Biblia se encuentran sucesos verificados que antes habían sido predichos. Además todavía quedan algunos de ellos cuya realización se espera aún. ¿Por qué entonces no fijar la atención en estas cosas vaticinadas?

Hoy, á la altura en que se encuentra la moderna civilización, ningún temor puede

Si un observador pudiera colocarse en medio del gran movimiento de los astros, si pudiera penetrar los secretos de evolución de la materia cósmica y mirar la formación de nuevos mundos á través de evoluciones sucesivas, ¿no es verdad que su admiración no tendría límites? Y sin embargo, esto es nada en comparación de espíritu que es la síntesis de las obras de Dios.

Pues ya que la ciencia en su afán de confundir el concepto espiritual con el concepto material, no puede dejar satisfecha nuestra razón, por serle imposible hacernos entender la naturaleza íntima de aquel, por serle imposible negar las manifestaciones de sus facultades que sólo se observan en el hombre, preciso es confesar, cuando menos, que esto es un misterio que está fuera de nuestro alcance, y atenernos á la verdad revelada, á esa verdad enseñada por Dios y que la Iglesia católica publica á diario, y que es la que más satisface al alma.

V.

Si averiguamos el fundamento de todo materialismo, sólo podemos encontrarlo

en hipótesis previamente establecidas, y más ó menos ingeniosas. Ninguna verdad demostrada evidentemente, como debía exigirse por todos los que ansían salir del error, si es que por error tienen las enseñanzas metafísicas. Ninguna afirmación rotunda se tiene en este sentido que pudiera justificar á los que voluntariamente se apartan de la verdad revelada.

Mas si en vez de consagrar todo su ingenio al descubrimiento de nuestro origen en la materia, pusieran empeño en estudiar la verdad bíblica destituidos de toda prevención, ya hubieran colmado sus deseos.

En efecto, todo hecho real se revela por sus antecedentes, y hasta las cosas que están en el porvenir se pueden adivinar por la inducción y deducción. Ahora bien, en la Biblia se encuentran sucesos verificados que antes habían sido predichos. Además todavía quedan algunos de ellos cuya realización se espera aún. ¿Por qué entonces no fijar la atención en estas cosas vaticinadas?

Hoy, á la altura en que se encuentra la moderna civilización, ningún temor puede

abrigarse acerca del criterio que se tenga de los hechos bíblicos, y así fácil es aplicarles todo el rigor de la lógica para ver si corresponden ó no á esa verdad que á diario decantan. Allí tenemos sus libros de profecías, entre los que descuellan Isaías, Jeremías, Barruch, Ezequiel y otros verdaderamente inspirados. Hombres que han vaticinado el porvenir, y de cuyos vaticinios se puede juzgar aún, pues algunos no se han realizado.

Así podemos tomar como punto de partida lo que anuncia Isaías del pueblo israelita respecto de su último cautiverio (721 antes de Jesucristo) en el capítulo XLIX versos del 18 al 21. Este enviado de Dios anuncia la venida del Mesías que debía nacer de una virgen cap. VII v. 14. Aquí tenemos un hecho consumado y otro que existe en el porvenir. El nacimiento del Salvador del mundo está en la conciencia universal, y la vuelta del pueblo de israel á su antigua autonomía, ó sea, como nación independiente, es cosa envuelta en el más dudoso problema.

Para juzgar de lo verosímil ó inverosímil de la vuelta de los israelitas á su antiguo esplendor, es preciso traer aunque

sea á grandes rasgos, los hechos más salientes de su historia, y así podemos comenzar por la época en que más florecieron. Es un hecho no negado, ni siquiera puesto en duda, que éste pueblo existió en el mundo como nación independiente, y que el espíritu de conquista le hizo perder su nacionalidad: es otro hecho cierto que en él nació Jesucristo á quien por intrigas de los fariseos y sacerdotes se le dió muerte de cruz: y también es cierto que por sublevación de este mismo pueblo contra los romanos, fué arrojado de la Palestina, y desde entonces anda errante como hasta hoy con el estigma con que el mundo lo distingue. ¿Quién no sabe lo despreciable que ha sido el judío en todas partes?

Por los hechos que hemos traído, aparece que los restos de un pueblo que antes floreciera, anda disperso en todos los países del globo: que este pueblo, aunque no forma cuerpo de nación, abriga la esperanza de reunirse algún día, en su antigua capital Jerusalem, y así sabemos que los más ricos del mundo, (porque ellos son los que más riqueza poseen), se proponen hoy comprar al Sultán de Turquía, la ciu-

dad santa, la ciudad testigo del más sangriento y trascendental drama del Calvario, para constituirse otra vez en nación. Ahora bien, esto no es un imposible si se tiene en cuenta: 1º el próximo desmoronamiento del imperio otomano y 2º el temor que el Sultán debe abrigar de que la rapacidad de una de las potencias de primer orden se la llegara á adjudicar por la razón de la fuerza.

Hemos visto, pues, que la profecía de Isaías cumplida en parte, toda ella es verosímil respecto del porvenir del pueblo de israel, y así podemos aplicar la inducción y deducción de todo cuanto se ha dicho de los judíos por sus profetas.

En efecto, si analizamos los hechos consumados, predichos antes, aparecen estos corresponder con exactitud matemática á la profecía; pero como siempre se ha puesto en duda el criterio de los judíos en asuntos religiosos, por tenérseles como fanáticos, hemos escogido una de las más antiguas que en parte se ha cumplido y en parte no, para que á la luz de la moderna civilización pueda apreciarse si tiene ó no algún fundamento que pueda pesar en el criterio del pensador de actualidad.

Ese pueblo escogido, nos presenta una historia que puede considerarse como el espejo de la humanidad. En ella se encuentran como cincelados todos los hechos que advertimos en los demás pueblos antiguos y modernos, y es él, quien ha conservado desde los primeros albores de su existencia, las verdaderas nociones de Dios. Su Talmud, parte de la Biblia católica, es el libro más inspirado y lleno de verdad. ¿Con cuál de los códigos políticos ó religiosos del mundo puede compararse?

De los pueblos de la antigüedad tenemos los Vedas de la india, los Zend-Avestas de los persas, el Corán de los árabes, y todos los Códigos políticos de las naciones modernas, y veremos si pueden compararse con la Biblia católica.

Esta, además de contener las grandes verdades que Dios ha revelado á los hombres, contiene también predicciones para el porvenir, afirmadas con una fuerza de autoridad que verdaderamente llama la atención. ¿Y cuál de las naciones antiguas ó modernas han poseído jamás un código como éste? Si abrimos esos monumentales Vedas, ¿qué encontramos en ellos? El panteísmo en todas sus manifestaciones

seguido por los evolucionistas modernos, y así de todos los demás que, como obras del hombre, están sujetas á error.

Podrá decirse que el moderno pensador no quiere para nada ningún Código religioso; que la libre manifestación del pensamiento lo pone á cubierto de cualquiera censura, y es por lo tanto perfectamente inútil ocuparse de ellos; y responderemos que hay que reconocer que son las primeras fuentes del progreso de la humanidad. ¿Quién puede dudar que todas las conquistas del hombre en el orden moral son consignadas en los códigos de las naciones? Y ¿quién puede negar que estas se constituyen en el orden civil inspirándose en ellos?

La decantada emancipación del hombre, todas esas libertades públicas, bajo cuya benéfica sombra se ampara el desvalido ¿de dónde han venido? ¿Podrá desconocerse que se tomaron de las enseñanzas de la Biblia católica?

Aparece en ella Jesucristo que obscurece todas las grandes figuras anteriores, y por el cual todos los hechos pasados no son otra cosa que pálidas estrellas perdidas en el horizonte de los tiempos y eclip-

sadas por aquel meteoro de nítida y deslumbrante luz. Y como dice Kravér: «Jesús, personificación exacta de una escuela, que participando de todas las anteriores, supera, sin embargo, y se escapa de todas ellas, defensor y propagador de los derechos del hombre, gigante fundido en un molde superior para hacer la guerra al tirano y al déspota, amparando al débil y al oprimido, con los pies hundidos entre el lodo de la tierra y con la frente tocando en el cielo, es la roca inaccesible donde vienen á estrellarse todas las violencias, todos los abusos, todos los vicios de las pasadas generaciones y de donde brota la razón y el derecho, la libertad y la justicia, la civilización poderosa y fecunda que á tan alto grado elevaron las generaciones posteriores.

«Sublime revolucionario en el orden moral, antes que derramar la sangre de los pueblos, á quienes trataba de redimir de la esclavitud que sufrían, derramó la suya, brotando desde el Calvario la aparición de nuevos pueblos regenerados por medio de la palabra y con la sangre de un mártir.»

He aquí el bellissimo ideal de toda la

Biblia. Desde el Génesis hasta el último evangelio viene pregonando á las naciones todas, la aparición del Hombre-Dios, del Salvador del mundo, quien por amor al hombre fundó su Iglesia, la Iglesia católica, la cual, aunque poderosamente combatida desde su primer origen, marcha, sin embargo, impasible á través de todos los siglos que le son adversos.

Foco de luz que ilumina los horizontes de la humanidad, es á quien se debe el perfeccionamiento de las modernas sociedades: es ella la que pregona á Dios como Autor de todo lo creado y la que mide y anota con poder sobrenatural el grado de extravío de los hombres: la que con incansable amor y abnegación los llama á diario para participar de todos los dones que á ella le han sido otorgados: la que, aunque hoy despreciada, sigue su obra de regeneración, y así vemos sus misiones en los imperios de la China, del Japón, y en toda el Africa, que tienen por objeto difundir la luz esplendorosa del cristianismo. Luz que cambió la faz de los pueblos que hoy hacen sentir su poderoso influjo, y que cambiará también la de aquellos de igual manera.

¿Podrá negarse que á ella se debe nuestro estado de adelanto actual? Pues fijese bien la mirada hacia esos pueblos á quienes todavía se está llevando la verdad evangélica, y tómese nota del estado de atraso en que yacen hoy, para compararlo con el que adquieran en adelante. Para la historia que vive en las inmensidades del tiempo, nada son los centenares de años que necesitan los pueblos para su regeneración, y así, esto que hoy decimos, respecto de esos bárbaros pueblos, puede confirmarse ó desmentirse algún día.

¿Y cómo se paga á esta gran maestra de las naciones? Con el desprecio, que es como el hombre quiere pagar á Dios el grandísimo bien que recibe por su existencia. Muchos hay que por negra ingratitud hacen derivar el progreso actual, del renacimiento, de esa época de la resurrección de las letras y las artes que desaparecieron con la caída del imperio romano, olvidando, que es condición indispensable de la humanidad el recuerdo del pasado.

En efecto, si la Iglesia católica no hubiera proyectado á los pueblos de la antigüedad, esa luz divina que los hizo salir de la obscuridad profunda en que vivían,

¿podían éstos con el renacimiento significar, lo que hoy significan? ¿Podían mejorar con éste la condición miserable del hombre?

Las más hermosas conquistas de los pueblos florecientes de la antigüedad, entre ellos Grecia y Roma v. g. ¿á qué se reducían en orden á los derechos del hombre? ¿No es verdad que para ellos, el pueblo era el único digno de su atención, quedando el ciudadano como fundido en el olvido? Por eso vemos que se legislaba para el pueblo, mas no para el ciudadano á quien no se tenía en consideración para nada.

El cristianismo siguiendo otra senda declaró, que antes que los pueblos era el hombre, que antes que los derechos del Estado estaban los de aquel, y así pudo asomar la cabeza ese enjambre de esclavos que vivía y se nutría en las más asquerosas cloacas de la nobleza de todos los pueblos de la antigüedad, inclusive el imperio romano, que entonces marchaba á la vanguardia de la civilización. Enjambre de seres desgraciados, que desconocidos del mundo jamás hubieran tenido personalidad, si el cristianismo no se hubiera ocu-

pado de escarbarlos del lodo mismo de aquellas sociedades para formar con ellos otros pueblos, otra civilización de que hoy se envanece el mundo.

VI.

Jesucristo al fundar su Iglesia, aunque esta es para el género humano, escoge sin embargo, como elementos primordiales de ella, los más desgraciados, la clase ínfima de la sociedad, para demostrar al mundo lo que el hombre puede valer por la voluntad soberana de Dios. Con doce miserables ignorantes funda lo más grande que hasta entonces había conocido la humanidad, y estos hombres oscuros, divulgando la divina palabra, hacen sentir al mundo su poderosa influencia y cambian la faz de todo lo existente.

Y este hecho que por sí mismo es un fenómeno social inexplicable, ¿no prueba que el fundador del cristianismo es el mismo Dios? ¿Puede el más sabio y poderoso de la tierra hacer brotar una religión en el mundo, que pregonada por unos cuantos ignorantes alcance á variar la faz de las sociedades? El hecho mismo de su exis-

¿podían éstos con el renacimiento significar, lo que hoy significan? ¿Podían mejorar con éste la condición miserable del hombre?

Las más hermosas conquistas de los pueblos florecientes de la antigüedad, entre ellos Grecia y Roma v. g. ¿á qué se reducían en orden á los derechos del hombre? ¿No es verdad que para ellos, el pueblo era el único digno de su atención, quedando el ciudadano como fundido en el olvido? Por eso vemos que se legislaba para el pueblo, mas no para el ciudadano á quien no se tenía en consideración para nada.

El cristianismo siguiendo otra senda declaró, que antes que los pueblos era el hombre, que antes que los derechos del Estado estaban los de aquel, y así pudo asomar la cabeza ese enjambre de esclavos que vivía y se nutría en las más asquerosas cloacas de la nobleza de todos los pueblos de la antigüedad, inclusive el imperio romano, que entonces marchaba á la vanguardia de la civilización. Enjambre de seres desgraciados, que desconocidos del mundo jamás hubieran tenido personalidad, si el cristianismo no se hubiera ocu-

pado de escarbarlos del lodo mismo de aquellas sociedades para formar con ellos otros pueblos, otra civilización de que hoy se envanece el mundo.

VI.

Jesucristo al fundar su Iglesia, aunque esta es para el género humano, escoge sin embargo, como elementos primordiales de ella, los más desgraciados, la clase ínfima de la sociedad, para demostrar al mundo lo que el hombre puede valer por la voluntad soberana de Dios. Con doce miserables ignorantes funda lo más grande que hasta entonces había conocido la humanidad, y estos hombres oscuros, divulgando la divina palabra, hacen sentir al mundo su poderosa influencia y cambian la faz de todo lo existente.

Y este hecho que por sí mismo es un fenómeno social inexplicable, ¿no prueba que el fundador del cristianismo es el mismo Dios? ¿Puede el más sabio y poderoso de la tierra hacer brotar una religión en el mundo, que pregonada por unos cuantos ignorantes alcance á variar la faz de las sociedades? El hecho mismo de su exis-

tencia en este siglo, con razón llamado de las luces, ¿no prueba que tiene origen divino?

Desde que comienza á irradiar su brillante luz, los sabios todos de la tierra, los tiranos y los déspotas se confabulan contra ella y emplean la palabra y los más feroces hechos que tienden á ahogarla en su cuna; pero la obra era divina y todas las fuerzas del mundo solicitadas para destruirla han sido impotentes. Su fundador divino había dicho á Pedro: «Sobre esta piedra edificaré mi Iglesia, y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella.»

Sublime promesa hecha á la humanidad que tiene en la Iglesia católica la más hermosa fuente, cuyas cristalinas aguas sirven para purificar la conciencia universal.

Mas desgraciadamente se nota, por una antítesis inexplicable, que los hombres que más ostentan filantropía, los que más ansían la libertad para el hombre, lo primero que se les ocurre es tiranizar á la Iglesia de Dios, de la cual se separan con orgullo.

Estos alegan para hacerlo, que dentro

de la Iglesia, no es posible la libertad del pensamiento, ni puede haber progreso; olvidando que á ella se debe el que hoy puedan hacer uso franco de su razón. Alegan también para demostrar la falibilidad de esta fuente inagotable de ternura, sus progresos en orden á la disciplina, sin fijarse en que ella como educadora de las naciones tiene que usar, en cuanto á las enseñanzas, del lenguaje propio de la época que atraviesa; y en cuanto á su disciplina variarla según lo exijan las circunstancias porque atraviesa la humanidad.

Mas en cuanto al dogma jamás variará una sola palabra: así como publicó al principio, publica y publicará hasta la consumación de los siglos, porque son verdades de Dios, que es inmutable. Ejemplos tenemos de que ni el más poderoso monarca ha conseguido nunca hacer que la Iglesia varíe el sentido de sus dogmas, ni aun cuando han sido amenazados sus Pontífices.

Napoleón I intima á Pío VII para que autorizara su otro matrimonio con María Luisa, y no consigue otra cosa que el Sumo Pontífice prefiriera la prisión de Fontainebleau, en cuyo calabozo había de llorar

presto el gran gigante de Europa que perdía todo el esplendor de sus pasadas glorias.

Si registramos las páginas de la historia de la Iglesia, de esa historia sangrienta que comienza desde el Calvario y en la que no se observa más que víctimas y verdugos, no podemos menos de reconocer en ella la mano del Omnipotente que guía desde el principio los pasos de la naciente obra que implantara en el mundo. El cristiano calumniado, escarnecido y puesto en horrible tormento, no exhala una queja, no infiere una sola ofensa contra el tirano, ni tampoco se ocupa de conspirar contra el orden establecido. Pone su confianza en Dios, y de él espera la solución de su porvenir.

De manera que el triunfo de la Iglesia sólo puede explicarse por la voluntad Soberana del que todo lo puede, pues jamás la sociedad ha presenciado que un partido beligerante pueda alcanzar victoria sin poner en acción las energías físicas de sus componentes.

La Iglesia católica registra en su historia épocas luctuosas, épocas cruentas; pero ninguna había conmovido tanto sus

más sólidos fundamentos como la época presente. El mundo antiguo la desangraba en sus mártires, pero no la atacaba en su espíritu ó esencia; como hoy hace el positivismo moderno. Este emprende contra ella una campaña formidable porque pone en juego lo que más alhaga al hombre, el espíritu de lo que él llama Ciencia. Arrastra á las masas con el dorado ropaje de la falaz convicción, y así envuelve al mundo en un error mucho más difícil de descubrirse, que el absurdo de los dogmas antiguos.

Las sociedades modernas, nutriéndose con la sabiduría del materialismo ¿qué elementos han de depositar para la historia, sino de disolución y de ruina? Comienzan á percibirse estos en el anarquista, el nihilista y el comunista moderno, que amenazan destruirlo todo.

En medio del caos que ha de engendrar el positivismo, sólo subsistirá una cosa: la Iglesia de Dios, navegando en el tempestuoso mar de las pasiones. Y así como el arca de Noé en el diluvio salvó los restos de la humanidad que perecía, así también esta nueva arca salvará á los que perseveraren con ella hasta el fin.

Desgracia nunca bien lamentada de la humanidad, que despreciando los recursos que el Soberano Hacedor pone en sus manos para su bien y felicidad, vuelve á entregarse en brazos del error, con lo cual no hace otra cosa que forjar, quizás con material más sólido, la cadena de que antes fué libertada.

En efecto, si hoy el progreso moderno la deslumbra con esos gigantescos descubrimientos, si es llevada en alas de la admiración por esa potente acción del hombre, que le descubre vastísimos horizontes para el porvenir, es á costa de su libertad moral, á costa de su creencia en Dios.

El hombre ha podido progresar incesantemente, porque el progreso es una ley ineludible impresa al universo; pero para esto no necesita separarse de Dios, que es á quien debe buscarse en cada paso que se dá hacia adelante. Prueba de ello es que las ciencias todas decantan sus maravillosas leyes, y el hombre buscando en ellas con sano criterio, la verdad, llegará á comprender mejor al Ser Omnipotente y Creador.

Como el ideal más íntimo de la humanidad, es hallar en último término la ma-

yor suma de bienes para el hombre, y como por otra parte el materialismo cree haber encontrado ésta, bueno será hacer comparación entre sus enseñanzas y las de la Iglesia católica, para ver de parte de quién está el progreso y cuál ofrece la verdadera felicidad.

Comencemos por recordar que la Iglesia al promulgar sus Evangelios al mundo antiguo, varió en su esencia el espíritu con que eran nutridas aquellas sociedades, trocando en libre al esclavo, elevando á una altura inesperada á la mujer, á quien se tenía como cosa despreciable, fundando desde luego la fraternidad humana y recomendando con exquisita solicitud el amor al prójimo. Misión sublime que debía fundir en un todo único los elementos heterogéneos con que el mundo marchaba y á los que se debía esa desigualdad de concepto respecto del hombre, y por la cual una parte del género humano se hallaba sin los derechos que legítimamente le correspondían. De manera, que al despertar la humana sociedad del profundo letargo en que yacía, corre presurosa aunque con los pies ampollados por la cadena que antes llevaba, á robustecer el progreso con su va-

lioso contingente, y el mundo entonces marcha á paso de gigante hacia su perfección.

El materialismo al despojar al hombre del bello ideal con que lo encuentra ya preparado por la enseñanza de la Iglesia, siembra en él la vacilación y la duda, y le hace perder las nociones del deber que, como creatura de Dios, tiene de reconocer su dependencia á su Autor Soberano que en vano intenta despreciar. Y con el concepto que le enseña de que es un simple producto de la materia, le obscurece la idea del espíritu, y borra en él ese sentimiento del infinito, con que llegamos á Dios, y ya en este estado, el hombre puede entregarse libremente á elucubraciones de cualquier género.

Si buscamos la filosofía del positivismo, sólo la encontraremos existiendo desde la más remota antigüedad; no tiene otro objeto que separar de Dios al hombre para substraerlo de toda obligación moral y así poder dar rienda suelta á sus pasiones.

Hemos dicho antes que el anarquista, el nihilista y el comunista moderno son las primeras manifestaciones de esa escuela filosófica que amenaza cambiar el criterio universal, y nos fundamos en el hecho de

que esos hombres que hoy son el terror de Europa, están desprovistos de toda creencia religiosa, ó en otros términos, son ateos. Y entonces, ¿cómo habían de ofrecer su acción al porvenir?

Desde que el ser humano llega á desconocer á Dios ya no pueden tener límite sus aspiraciones, y es para él incompatible la obligación de vivir con reglas taxativas que le impiden el desarrollo completo de todas sus energías. Es por eso que vemos al socialista arremeter á todo gobierno por ser este el arquetipo del orden que guía á toda sociedad y esto constituye la mayor congoja del mundo actual.

En efecto, ¿qué porvenir nos aguarda con esos hombres que aspiran al caos? El mismo progreso intelectual y material ¿no están amenazados de muerte?

Como la acción del socialista está sobre toda energía individual, es de suponerse que quedarán segadas las fuentes del progreso que se manifiestan al mundo de un modo general, reuniendose las conquistas parciales del hombre en todos los órdenes de la ciencia, las artes etc., para formar un todo armónico que eleva y engrandece á la humanidad.

Todos los hombres aspiran á contribuir con sus energías, para formar esa masa general de adelantos que se llama progreso; pero en el sentido de que cada quien tenga su recompensa. Así vemos al filósofo y al naturalista, al físico y al químico, etc., arrancando á la naturaleza sus secretos en provecho de la humanidad que agradecida deja esculpidos en imperecederos monumentos sus nombres, y ésta es la mayor aspiración que los mueve. Ahora bien, los hombres del porvenir tienden á concluir con esas recompensas.

Si examinamos á fondo el móvil de toda acción humana, nos persuadiremos que en primer término es el egoísmo del yo, esto es, antes que el bien ageno buscamos el nuestro, y á eso se debe esa constante energía que nos mueve á ejecutar hasta las más peligrosas acciones. Así v. g. el que se entrega al descubrimiento de una verdad científica, el que estudia las leyes sociológicas que rigen á la humanidad, se desvela por presentar al mundo el fruto de sus trabajos para recibir la admiración de la posteridad. De igual manera obran esos hombres que ponen en acción tantas energías humanas para construir obras gigan-

tescas, como las que hoy admiramos y que forman el progreso material del mundo. Todos, en último resultado, son guiados más ó menos por el egoísmo del yo, y esta es una verdad incontrovertible.

Desde que el hombre llegara á adquirir la convicción de que sus trabajos no serían recompensados, se entregaría en brazos de la inercia, pues, como hemos dicho antes, el principal móvil de sus acciones es el egoísmo del yo. Así el hombre laborioso que á fuerza de trabajo y economía levanta el capital suficiente para poder llamarse rico, no intentaría sacrificarse para nada si se persuadiera que sus trabajos no redundarían en su propio provecho.

VII.

Como el positivismo tiende al ateísmo, y como por otra parte el hombre no puede vivir en una sociedad organizada sin la creencia en el Ser Supremo, se desprende de esto que esta doctrina filosófica jamás puede hacer feliz á nadie.

Ahora estudiemos la influencia benéfica que la Iglesia católica ejerce en el mundo, y nos persuadiremos que es tanto más in-

Todos los hombres aspiran á contribuir con sus energías, para formar esa masa general de adelantos que se llama progreso; pero en el sentido de que cada quien tenga su recompensa. Así vemos al filósofo y al naturalista, al físico y al químico, etc., arrancando á la naturaleza sus secretos en provecho de la humanidad que agradecida deja esculpidos en imperecederos monumentos sus nombres, y ésta es la mayor aspiración que los mueve. Ahora bien, los hombres del porvenir tienden á concluir con esas recompensas.

Si examinamos á fondo el móvil de toda acción humana, nos persuadiremos que en primer término es el egoísmo del yo, esto es, antes que el bien ageno busquemos el nuestro, y á eso se debe esa constante energía que nos mueve á ejecutar hasta las más peligrosas acciones. Así v. g. el que se entrega al descubrimiento de una verdad científica, el que estudia las leyes sociológicas que rigen á la humanidad, se desvela por presentar al mundo el fruto de sus trabajos para recibir la admiración de la posteridad. De igual manera obran esos hombres que ponen en acción tantas energías humanas para construir obras gigan-

tescas, como las que hoy admiramos y que forman el progreso material del mundo. Todos, en último resultado, son guiados más ó menos por el egoísmo del yo, y esta es una verdad incontrovertible.

Desde que el hombre llegara á adquirir la convicción de que sus trabajos no serían recompensados, se entregaría en brazos de la inercia, pues, como hemos dicho antes, el principal móvil de sus acciones es el egoísmo del yo. Así el hombre laborioso que á fuerza de trabajo y economía levanta el capital suficiente para poder llamarse rico, no intentaría sacrificarse para nada si se persuadiera que sus trabajos no redundarían en su propio provecho.

VII.

Como el positivismo tiende al ateísmo, y como por otra parte el hombre no puede vivir en una sociedad organizada sin la creencia en el Ser Supremo, se desprende de esto que esta doctrina filosófica jamás puede hacer feliz á nadie.

Ahora estudiemos la influencia benéfica que la Iglesia católica ejerce en el mundo, y nos persuadiremos que es tanto más in-

dispensable su intervención en estos tiempos, cuanto que la humanidad está en inminente peligro de entrar en un período de disolución social.

En efecto, ¿puede alguien desconocer esa falta de equilibrio que se nota en cuanto á las aspiraciones humanas? La sociedad, que hoy se llama civilizada presenta un aspecto tétrico, amenazante. Por un lado se admira la grandeza, la acción deslumbrante del poderoso, y por el otro, la miseria, la desnudez del desvalido, que con lágrimas en los ojos mira derrochar su fuerza material que es explotada por el rico.

Ningún porvenir se alza para el pobre que cada día se funde más y más en las profundidades del olvido, y la filosofía positivista encarnándose en todos los poderosos, ¿qué deja para el necesitado?

Si el rico llega á tener piedad del pobre, es tan sólo porque sabe que todos somos hermanos, creados con iguales derechos, y que la voluntad soberana de Dios ha dispuesto las cosas como las vemos. Ahora bien, el positivismo arranca en el hombre este concepto, enseñándole su derivación desde el mineral hasta su estado actual.

Por eso miramos esa indiferencia glacial con que el acaudalado trata al miserable, á quien no le queda otra esperanza que dirigir su humillante actitud á la caridad cristiana que ha sido siempre el bálsamo reparador de las miserias humanas. Sí, esa caridad que aun puede apreciarse hoy, porque todavía quedan verdaderos cristianos; es la única que ofrece su amparo al desvalido que es empujado por el turbulento oleaje de la ambición actual.

Podrá decirse que en todos los países existen asilos para el necesitado, casas de beneficencia pública, etc., y preguntaremos, ¿á quién se deben estas instituciones, sino al espíritu evangélico? Esos son los valiosos monumentos del cristianismo que no se han echado por tierra; pero si, como no lo deseamos, el mundo prosigue su vertiginosa carrera en alas del positivismo, entonces todo acabará, porque abolido el concepto de que todos somos hermanos, y por consecuencia nos debemos mutua protección, cada quien dirá lo que acostumbra decirse en un ejército derrotado: «sálvese quien pueda.»

Condición tristísima es la de los desamparados por la fortuna en estos tiempos

en que sienta sus reales el descreimiento, que lo arrolla todo, en que el hombre mide su valer por la riqueza que posee y quién en su sed insaciable de adquirir dinero lo sacrifica todo. Sed que adquiere por el miedo de quedarse atrás y esto le hace mirar á sus semejantes con la más profunda indiferencia.

El cristianismo enseñando al hombre que sólo es un peregrino en el mundo, y que no debe atesorar para la tierra sino para la vida eterna, la vida positiva, borra en él esa codicia desmedida por llegar á la riqueza, y así da lugar á que esta se distribuya en el mayor número posible de personas. Hace más, propone el comunismo; pero el comunismo voluntario, no ese acto salvaje de arrebatar la fortuna á su legítimo dueño, como pretende el comunismo moderno.

Las sociedades que funda el cristianismo, viven más dichosas y felices, que las que se han separado de él, aunque estas representen mejor el progreso.

En efecto, si miramos atentamente cuál es el lugar que al hombre corresponde en esa impetuosa acción de la sociedad que constituye el progreso, notaremos fácil-

mente, que este, en último resultado, viene á ser la víctima de tanta grandeza, de tanto adelanto. Porque, ¿de qué sirve al desvalido, que carece de lo preciso para la vida, esas grandes empresas ferro-carrileras, mineras, de navegación, con todo lo que la ciencia pone á disposición del constructor de los buques modernos, las invenciones asombrosas en todos los órdenes del saber humano, si falta para el equilibrio social, lo indispensable, la verdadera filantropía, ese amor á la humanidad, tal como lo pregonaba la Iglesia católica?

En el mundo actual lo único que vale es el dinero, siendo el individuo, cosa muy secundaria. Esto naturalmente despierta en el hombre un egoísmo nunca visto, y á eso se debe que cada día se haga más dolorosa la vida del pobre.

Es verdad que con la actividad que hoy se despliega en la sociedad se proporciona trabajo al necesitado; pero y con esto, ¿quedará satisfecha su aspiración? Ahora vemos reconcentrarse la riqueza en pocas manos, lo que da por resultado que se aumenta cada día la miseria pública. Y como el mal no tiene remedio, dada la falta de principios religiosos que debían

normar la ambición humana, el hombre se desborda hasta el absurdo para encontrar el equilibrio que ansía.

El mundo nos fascina con sus conquistas en orden á la política, las artes y las ciencias; pero sólo notamos una cosa, que mientras más progresos encontramos, más dificultad también notamos en la vida. ¿Y esto, por qué?

Desde que el hombre abstraído de toda idea religiosa, ha comprendido que lo único que puede darle personalidad en la gran evolución humana, es la riqueza material, esto es, la posición del dinero; no se detiene en los medios de adquirirlo, y de allí esa lucha sin tregua de aspiraciones que no pueden conciliarse. El hermano gira contra el hermano, el amigo contra el amigo, y todo en la sociedad anda desbordado tan sólo por el interés de adquirir dinero.

No es para menos el caso, dada la necesidad que hay de elevarse, porque de otro modo queda fundido el individuo en ese enjambre de menesterosos que nada valen en el mundo. ¡Condición triste para los desamparados de la fortuna, que ven levantarse negros nubarrones ante su porvenir, y no les queda otro recurso que reco-

nocer el origen de su desgracia en la irreligiosidad del hombre. Sí, á esa se debe el estado actual.

Si lanzamos una mirada retrospectiva hacia el pasado, y estudiamos el estado social de aquellos tiempos, notaremos que el hombre, antes de recibir la luz divina del cristianismo, se encontraba en el mismo estado de miseria en que hoy se va colocando á medida que se aparta de ese faro luminoso que lo guía en su vacilante paso.

En todos los tiempos ha habido pobres; pero la condición de estos no ha sido siempre la misma, y así podemos estudiar su evolución desde la más remota antigüedad, hasta nuestros días, para hacer comparaciones que se aproximen á la verdad en lo posible.

Desde que se fundaron las primeras sociedades, natural es suponer, dada la heterogeneidad de energías de los individuos, que aquellos, cuyas dotes físicas y morales eran superiores, se irguieran sobre los demás, y así fueron experimentando los hombres la presión social que hasta hoy pesa sobre ellos. Pero esta presión puede ser menos dura, ó llegar á ser abominable,

según que sus factores sean ó no modificados, y á eso ha tendido siempre el cristianismo desde su aparición.

Los pobres de la antigüedad, si sufrían el látigo de los tiranos y déspotas, si perdieron por el abuso de la fuerza los derechos propios del hombre, tenían sin embargo, el consuelo de poseer el máximum de igualdad, porque era reducido el número de los tiranos y déspotas en todos los órdenes, y así la presión social de aquellos tiempos puede considerarse más llevadera que la de esta época, en que son muchos los tiranos y déspotas, en que pesan horriblemente sobre el pobre miles de hombres que influyen directa y generalmente en la vida social.

En efecto, ¿quién puede desconocer las entidades que aplastan á los pobres? «Yérguense sobre el rancho, como dice una eminente escritora, el oficial facultativo; sobre el engrasador de máquinas, el eminente mecánico; sobre el vendedor ambulante, el comerciante establecido, que sostiene vastas relaciones mercantiles; sobre el mozo que limpia el polvo de un gabinete de física, ó de historia natural, de un observatorio astronómico, el profesor que penetra

los oscuros misterios de la Naturaleza, induce de la constitución de nuestro globo su modo de ser pasado, y sabe la organización de los animales microscópicos y de los astros que giran á millones de leguas; sobre el que no pensó nunca lo que debe á los otros y le es debido, el que medita sobre la filosofía del derecho; sobre el que se mueve sin sospechar siquiera qué relaciones armónicas tienen los que viven en la misma sociedad, el que profundiza todos los problemas sociales; sobre el que lleva espuestas de tierra en una obra, el ingeniero que la dirige; sobre el que casi no reflexiona jamás, el que vive meditando las grandes cuestiones de la Cosmología, la Psicología y la Metafísica.» ¿Veis cuánto pesa sobre el pobre?

Si el mundo antiguo necesitaba su pronta regeneración, por los lastimeros ayes de los oprimidos que desconociendo la inmensa mole que tras sí lleva hoy la presión social, ¿cuánto no se necesitará en estos tiempos, en que desencadenadas las aspiraciones humanas no queda otra esperanza al desvalido, que desear la muerte, para salir de esta vida ingrata?

Nada valen para el que sufre los horro-

res de la miseria, las más hermosas conquistas de la política, de las artes y de las ciencias, toda vez que estas engendran á los tiranos que lo han de oprimir. Ningún provecho saca de la decantada emancipación política, si su personalidad, aunque nivelada por la ley, es, sin embargo nula y de ningún valor en el orden social. Porque ¿de qué sirve al pobre saber que tiene iguales derechos á todos si adquiere la convicción de que son meras utopías las que se le ofrecen en el orden político?

En efecto, ¿quién puede dudar que hasta en los países altamente republicanos, los que más influyen en el gobierno, son los poderosos? Y ¿quién puede desconocer que los derechos del pobre se reducen á nada, cuando tiene en contra alguno de aquellos? De manera, que no aprovechando más que á la parte acomodada de la sociedad, las conquistas en el orden político, el pobre se queda en la misma situación que antes. Y como esta situación en el estado de civilización es mil veces peor que en el estado salvaje, porque se aleja mucho del máximo de igualdad que aquellos poseen, se deduce de aquí que hoy más que nunca el mundo necesita regenerarse para no es-

tallar. Ahora bien, el único medio de la regeneración se encuentra en el cristianismo, que predica la libertad humana, el comunismo voluntario, que enseña al hombre la unidad de su especie, y que dependiendo todos de Dios, este es quien dirige de un modo secreto al mundo.

Cuando recordamos los primitivos tiempos de la Iglesia católica, ¡qué bellos ejemplos de abnegación encontramos entre aquellos bárbaros que recibían la luz esplendorosa del cristianismo! ¡qué sublime espectáculo presentaba aquella sociedad naciente, en que todo era amor al prójimo, y en que todos entonando el himno religioso al Ser Supremo marchaban con paso firme hacia el ideal que perseguían.

Revolucionarios en el campo moral, no se detenían en su espíritu de conquista, ante el horror del tormento, ni ante las maquinaciones de los tiranos. Aspiraban la regeneración del hombre, y cualquier sacrificio que fuere necesario lo hacían con el mayor placer. Deseaban cambiar la faz de aquellas sociedades, y así les vemos valerosos desafiar la iniquidad y fuerza de sus verdugos.

Era porque, si bien es cierto, el mundo

marchaba en alas del progreso, faltaba, empero, lo principal, lo indispensable á su bien y felicidad (la libertad del hombre.)

Conquista que ha costado tanta abnegación, tanta sangre, desde el Calvario hasta nuestros días, si se tienen en cuenta las misiones al extremo Oriente. Mas ¡ay! doloroso es decirlo. Esa sangre derramada no aprovecha á todos; y así puede suponerse que esos mártires del cristianismo en mero siglo XIX, no llevan más mira en su afán de propagar los santos evangelios, que el de servir á Dios que los envía á regiones ignotas á difundir su divina palabra. ¿Podrá desconocerse este fenómeno social?

Los misioneros que hoy parten desde Europa y las Américas para esos países incultos, llevan la moderna ilustración, y con esta predicán á los pueblos, que aun no tienen ni siquiera idea del cristianismo, esa buena nueva, que infaliblemente los hará cambiar por completo de estado social. Ahora preguntamos, por qué, sin embargo del desprecio que se hace á la Iglesia católica, esta es la única que puede hacer variar las costumbres y el estado social de esos países, que aunque tienen su ilustración, no están, sin embargo, á la

altura de los ya civilizados por el cristianismo? ¿Puede haber otro medio de atraerlos para ponerlos á nivel? La experiencia nos demuestra que las misiones nada más han podido facilitar á las grandes potencias su entrada en esas vastas regiones desconocidas antes para el mundo.

Hemos puesto de manifiesto, en nuestro concepto, la benéfica influencia que hasta hoy ejerce la Iglesia católica en el mundo, así como el daño que el positivismo moderno ocasiona á la sociedad, y así puede asegurarse sin temor de errar, que ésta es el faro luminoso que guiando á la humanidad en sus pasos vacilantes, la conduce á su bien y felicidad; que es ella la única esperanza de los gobiernos seriamente amenazados, y la que puede regenerar al mundo de nuevo cuando esté á punto de sufrir el desquiciamiento á que es conducido por las ideas modernas.

Hoctún de 1899.

Ignacio Gamboa.

